

serenidad perfecta mientras Agustín, situado al extremo opuesto de la sala, un pié avanzado, balanceaba el inconmensurable cuchillo cuyo mango tenia apoyado en la sangría del brazo.

Una doble fila de curiosos formaba, digámoslo así, de Agustín á Chiquita una especie de alameda. Aquellos de entre los truhanes que tenian la barriga proeminente, la contraian reteniendo su respiracion, por temor de adelantarse á la línea, y las narices de tubo de alambique retrocedian prudentemente para no ser rebanadas al vuelo.

Por fin el brazo de Agustín se extendió bruscamente, cual movido por un resorte, brilló un relámpago, y la terrible arma fué á clavarse en la puerta, exactamente encima de la cabeza de Chiquita, sin cortarle un cabello, pero con precision tal que no parecia sino que se hubiese querido tomar la medida de su talla.

Quando la navaja pasó silbando, los expectadores no pudieron evitarse el bajar los ojos; pero las pobladas cejas de la niña ni siquiera habian hecho el más leve movimiento. La destreza del bandido arrancó un rumor de admiracion entre aquel público descontentadizo, y aun el adversario que habia puesto en duda la posibilidad del hecho aplaudió con entusiasmo.

Agustín arrancó de la madera el todavía vibrante cuchillo, volvió á su sitio, y esta vez hizo pasar la hoja entre el brazo y el cuerpo de la impasible Chiquita, cuyo corazon hubiera sido sepultura del acero á desviarse este tan sólo tres ó cuatro líneas.

Aunque los espectadores gritaban que habia bastante, Agustín dió de nuevo principio al experimento del otro lado de la cabeza para demostrar que su habilidad nada debia al azar.

Chiquita, enorgullecida por aquellos aplausos, que iban dirigidos tanto á su valor como á la destreza de Agustín, paseó en derredor suyo una mirada de triunfo; su nariz, dilatada,

aspiraba con fuerza el aire, y en su entreabierta boca, sus dientes, limpios como los de una fiera, lucian con siniestra blancura. El brillo de estos y las fosforescentes chispas que despedian sus pupilas, hacian resaltar tres puntos luminosos en su hoscó curtido semblante. Sus incultos cabellos, mal sujetos por una cinta encarnada que desaparecia acá y allá debajo de los bucles rebeldes, se retorcian y desbordaban cual negras serpientes al rededor de su frente y á lo largo de sus mejillas. En su cuello, de color más subido que cordobán, lucian como gotas de leche las perlas del collar que le diera Isabel. En cuanto á su traje, habia cambiado sino mejorado. Chiquita no llevaba ya la saya color de canario con un loro bordado, que en Paris le hubiera dado un aspecto por demás singular y notable. Cubria su cuerpo un vestido corto azul oscuro, y una especie de almilla ó corpiño de barragan negro cerrado al nacimiento del pecho por dos ó tres botones de asta. Sus piés, acostumbrados á pisar la perfumada y florida yerba, los llevaba metidos en zapatos demasiado grandes para ella, por la sencillísima razon de que el maestro de obra prima no habia encontrado otros más pequeños en su tienda; y á pesar de que semejante lujo parecia incomodarla, preciso habia sido hacer tal concesion á los frios lodos de Paris. Sin embargo de que se veia que á través de su montaraz imaginacion cruzaban mayor número de ideas y de que en la niña despuntaba ya algo de la jóven, era Chiquita tan agreste como cuando por la primera vez la vimos en la posada del *Sol azul*. De desde que abandonara la landa habia visto muchas cosas, y de todas ellas su sencilla imaginacion guardaba como un deslumbramiento.

Volvióse la rapaza á su rincon y, envolviéndose en su manta, reanudó su interrumpido sueño.

El hombre que habia perdido pagó las cinco pistolas, montante de la apuesta, al compañero de Chiquita. Metióselas este en el cinto y se sentó de nuevo á la mesa delante de una colodra medio vacía cuyo contenido apuró lentamente, pues

no teniendo casa determinada donde pasar la noche, preferia quedarse en la taberna á tiritar debajo del arco de algun puente ó en el pórtico de un convento aguardando el dia, tan perezoso en levantarse en la estacion de los frios. En su caso se encontraban otros muchos perdidos que roncaban á piedad tendida, los unos sobre los bancos, los otros debajo, sin más cobertor que sus raidas capas. Era de ver el chistoso espectáculo que ofrecian tantas botas estiradas sobre el suelo como piés de cuerpos muertos despues de la batalla; y batalla era en efecto, en la que los heridos de Baco, manando vino en vez de sangre, en medio de las cuchufletas y risotadas de sus compañeros más robustos de estómago procuraban alcanzar algun oscuro rincon donde, con la cabeza apoyada contra la pared, desollar la zorra.

—Por las garras de Satan,—dijo Lampourde á Malartic, refiriéndose á Agustin,—hé ahí un pillo que no es manco y de quien me acordaré para utilizarlo, en caso necesario, en expediciones peligrosas. Eso de herir á distancia con el cuchillo es mucho mejor que un pistoletazo, pues este produce fuego, humo y ruido y parece llamar el auxilio de las rondas.

—Sí,—respondió Malartic,—es operacion curiosa y ejecutada con limpieza; pero si se yerra el golpe, queda uno desarmado y hecho una mona. A mí lo que en ese ejercicio más me maravilla es el valor de la niña, de esa cogujada que á pesar de no tener en los huesos dos onzas de carne encierra en su escuálido pecho un verdadero corazon de leon ó de héroe de la antigüedad.

—Quizás pueda tambien servirnos de algo,—apuntó Lampourde.

—Además,—añadió Malartic,—sus grandes ojos negros encendidos como por la fiebre, y su aspecto tranquilamente feroz, me son simpáticos. En medio de esas abutardas, toornos, ocas y demás aves de corral que por aquí dentro revolotean, me hace el efecto de un halcon dentro de un galli-

nero. Tú ya sabes que en cuestion de mujeres me pinto solo y que predigo lo que será la flor con sólo ver el boton. Pues bien, dentro de dos ó tres años, Chiquita, como la llama ese moreno, será bocado de rey.

—O de ladron,—añadió filosóficamente Lampourde;—á ménos que el azar no concilie estos dos extremos haciendo de esa morena la entretenida de un ratero y de un príncipe. Se han dado casos, y no es siempre el príncipe el más querido, tan ruin y descompuesto tienen el capricho esas rapazas. Pero dejemos á un lado estas frivolidades y vengamos á lo que importa. Quizás dentro de poco tendré necesidad de algunos hombres de pelo en pecho para cierta expedicion de que me han hablado, no tan lejana como la de los Argonautas en busca del vellocino de oro.

—¡Hermoso animal!—exclamó Malartic con la nariz metida en el vaso cuyo vino parecia hervir al contacto de aquel carbon ardiente.

—La empresa es importante y peligrosa,—prosiguió el perdonavidas;—yo estoy encargado de suprimir cierto Capitan Estruendo, cómico de oficio, quien á lo que parece estorba los amores de un señor de tomo y lomo. Para esto, bastaria yo solo; pero como además se trata de organizar el robo de la doncella amada á la vez del grande y del actor y esta será disputada á los raptos por su compañía, es de todo punto indispensable escoger amigos de temple y sin escrúpulos. ¿Qué te parece Picaentierra?

—¡Excelente!—replicó Malartic,—pero no hay que contar con él. Está columpiándose en Montfaucon, al extremo de una cadena de hierro, aguardando que su esqueleto limpiado por los cuervos caiga al foso de la horca, encima de la osamenta de los amigos que le han precedido.

—Ahora me explico el porqué de no verle en tanto tiempo,—dijo Lampourde con la mayor sangre fria.—¡Lo que es la vida! Una tarde, despues de brindar con un amigo en una taberna os despedís para dirigiros cada cual á sus negocios,

y cuando al cabo de ocho días preguntais por él, os responden: «Está ahorcado.»

—¡Ah!—suspiró el amigo de Lampourde tomando una postura trágicamente elegíaca ó elegíacamente trágica,—desgraciadamente es lo que sucede; y como dijo Malherbe en su consolación á Duperrier:

*El pertenecía á este mundo donde las cosas más meritorias tienen peor destino.*

—No nos abandonemos á lloriqueos femeniles,—dijo el matón.—Mostremos un ánimo esforzado y estóico y avanzemos por la senda de la vida, el sombrero hasta las cejas, el puño en la cadera, desafiando la horca que, después de todo, abstracción hecha del honor, no es mucho más temible que el fuego de los cañones, pedreros, culebrinas y bombardas que afrontan los soldados y capitanes; eso sin contar las balas de mosquetería y el arma blanca. En defecto de Picaen-tierra, que debe disfrutar de bienaventuranza eterna al lado del buen ladrón, echemos mano de Cuernodebuey, que como fornido y de buenos lomos es apropiado para empresas de empeño.

—Cuernodebuey,—respondió Malartic,—en la actualidad está desempeñando una comisión hidrográfica á lo largo de las costas de Berbería á las órdenes de Cadet la Perla. Tienele el rey en tan particular estima, que le ha hecho blasonar la espalda con una flor de lis para encontrarlo do quiera caso de perderse. Sin embargo, otros hay que pueden suplir á estos, tales como el Chispo, Bocatorcida, el Raspado y el Feo.

—Me basta con los nombres, que no pueden pertenecer mas que á valientes; cuando llegue la hora, me encararás con ellos. Ahora practiquemos la autopsia á esta cuarta botella y salgamos. El local empieza á ser más mefítico que el lago Averno, por encima del cual no pueden volar los pájaros sin caer víctimas de la malignidad de sus exhalaciones. Esto huele á sobaquina, á cochambre y á sebo quemado. A propósito ¿dónde duermes esta noche?

—No he enviado por delante á mi aposentador para que me preparase habitaciones,—respondió Malartic,—y mi tienda no se levanta en ninguna parte; podría llamar á la puerta de la posada de la Limaza, pero tengo pendiente con ella una cuenta más larga que mi espada, y nada más desagradable al despertar que ver la enfurruñada cara de la patrona quien se niega gruñendo á hacer un sueldo más de crédito, y blande, como Júpiter sus rayos, la cuenta por encima de su cabeza. En verdad te digo, que la súbita aparición de un exento no me produciría peor impresión.

—Puro efecto nervioso, debilidad comprensible, pues todo grande hombre tiene la suya,—dijo sentenciosamente Lampourde;—mas ya que te repugna presentarte en la posada de la Limaza y que la de la Bella Estrella es demasiado ventilada por el invierno que corremos, te ofrezco hospitalidad en mi aéreo chiribitil y por cama la mitad de mi mesa.

—Acepto,—respondió Malartic con verdadero reconocimiento.—¡Oh tres y cuatro veces dichoso el mortal que tiene lares y penates y puede brindar en su hogar un asilo á su amigo!

Lampourde habia cumplido la promesa que se habia hecho á sí mismo después de la respuesta del oráculo á favor de la taberna. Estaba saciado como tordo en tiempo de vendimia; pero nadie como el matón poseia estómago más robusto ni más firme cabeza. El dominaba al vino y el vino no á él. No obstante cuando se levantó, parecióle que las piernas le pesaban cual galápagos de plomo y que se le hundian en el suelo. De una vigorosa patada desentumeciése los entorpecidos piés, y con ademan resuelto, erguida la cabeza y estirado como un gallo, encaminóse hácia la puerta.

Malartic le siguió con paso firme, y no es de admirar su sereno continente, pues era borracho tan empapado en vino, que por mucho que bebiese, no podia aumentar en él los efectos alcohólicos, así como no aumenta en una sola gota el agua que contiene una esponja saturada que se sumerge en

el mar. Tal era Malartic, con la diferencia que el líquido en él no era agua, sino puro jugo de sarmiento.

La salida de los dos camaradas se verificó sin tropiezo, y aunque no fuesen ángeles, lograron subir por la escalera de Job que ponía el chiribitil de Lampourde en comunicacion con la calle.

A aquella hora la taberna ofrecía un espectáculo lamentablemente ridículo. El fuego de la chimenea iba extinguiéndose; las velas, que nadie cuidaba de despabilar, tenían una nariz de á pié, al extremo de las cuales se balanceaban anchas negras getas, y á lo largo de los candeleros colgaban estalactitas de sebo que se pegaban á ellos al enfriarse. El humo de las pipas, los vapores de la respiracion y de las viandas se habian condensado cerca del techo formando densa niebla; el suelo, cubierto de despojos y de lodo, para limpiarlo hubiera sido necesario hacer pasar por él un rio como por los establos de Aujias (1). Las mesas estaban atestadas de despojos y huesos que parecian roídos por mastines carnoñosos. Acá y allá veíanse jarros derribados durante el tumulto de una pendencia, conteniendo en su cavidad un resto de vino, cuyas gotas al caer en el rojo pantano que habian formado, parecian las de sangre de una cabeza recibidas en una fuente; y el ruido de su caída, intermitente y regular, escandiaba como el tic-tac de un reloj el ronquido de los borrachos.

Dieron las cuatro en el reloj del Mercado Nuevo.

El tabernero, que se habia adormecido, con la cabeza apoyada sobre sus brazos en cruz, abrió los ojos, paseó una mi-

El tabernero, que se habia adormecido, con la cabeza apoyada sobre sus brazos en cruz, abrió los ojos, paseó una mi-

(1) Aujias era hijo del Sol; reinó en Elide y fué uno de los Argonautas. Sus establos contenian 3,000 bueyes, y no habian sido limpiados durante treinta años, por lo que habiéndose esparcido la peste por el país, consiguió de Hércules que se los limpiase. Este separó el rio Alfeo de su cauce, le hizo pasar por los establos, y cumplida su obra, exigió de Aujias la recompensa, que, segun lo estipulado, consistia en el diezmo de los rebaños; pero Aujias se lo negó. Hércules, indignado lo mató y puso en el trono de Elide á Fileo.

(N. del T.)

rada escudriñadora al rededor de la sala, y viendo que el consumo habia disminuido, llamó á los mozos y les dijo:

—Se hace tarde; barred esos pilletes y esas mozuelas junto con las mondaduras: así como así ya no beben.

Blandieron los muchachos las escobas, arrojaron al suelo algunas cubas de agua, y en ménos de cinco minutos, á porrazos, empujones y escobazos la taberna fué vaciada á la calle.

DOBLE ATAQUE.